

**MANUEL CASTELLS. *Ruptura. La crisis de la democracia liberal*. Madrid: Alianza Editorial, 2017.**

*Ruptura* aborda cuestiones políticas y sociales del orbe occidental acaecidas durante los últimos años. Manuel Castells, en el breve apéndice que destina a indicar cómo leer el texto, afirma que se trata de un libro híbrido, acorde al modo de comunicar en el presente, pues cuenta con una página web<sup>1</sup> complementaria donde se puede hallar la documentación que refrenda sus argumentos. La pretendida brevedad de Castells en el libro se debe –tal como él mismo dice– a que quiso liberarlo “de los farragosos cuadros y referencias” (2017 123) que generalmente acompañan a sus escritos académicos, con el objetivo de brindarle a los lectores la posibilidad de hacer una lectura fluida. Pero, asimismo, el propio autor comenta que el prurito académico que siempre le acompaña no impidió que facilitara los datos y documentos sobre los que se sostiene su discurso. Como nuestro propósito no consiste en discutir los soportes sociológicos de este libro, sino presentar desde un punto de vista político y filosófico los problemas que plantea el autor en las sociedades actuales, nos ocuparemos de los contenidos de la obra en papel.

Castells encuentra que la crisis de legitimidad política de los regímenes democráticos implica un desbarajuste en los mecanismos de representación política. La disrupción subjetiva de los ciudadanos con respecto a sus representantes políticos no halla sutura posible a través de la pluralidad de opciones ideológicas elegibles ni a través de la periodicidad de los procesos electorales. La política se profesionaliza y la escasa participación en las elecciones abre una brecha que causa decepción y desidia, sentimientos que se intensificaron durante la crisis económica, derivando en indignación (16,17). El hiato creciente entre representantes y representados ha generado un panorama de rechazo hacia “los de arriba” o *establishment*, y este rechazo ha traído consigo nuevas formas de organización dentro de la sociedad, cuya ruptura con las instituciones de la democracia liberal cobra un sesgo cada vez más marcado; afirma el autor que “las emociones colectivas son como el agua: cuando encuentran un bloqueo en su flujo natural abren nuevas vías, frecuentemente torrenciales, hasta anegar los exclusivos espacios del orden establecido” (20).

Los avatares de la globalización han contribuido al declive de la democracia liberal. En la globalización los Estados-nación actúan como nodos de una red internacional en la que priman las categorías de la economía neoliberal sobre la vida de los ciudadanos y de las comunidades locales. Para Castells la crisis económica que sacudió occidente desde 2008 puso en evidencia las contradicciones

---

<sup>1</sup> <http://castellsruptura.alianzaeditorial.es>

de la globalización. Las tensiones entre una mentalidad globalista perteneciente a las élites y a la clase media-alta colisiona con aquellos que requieren del apoyo del Estado-nación. La supremacía de las instituciones financieras condujo a que recibieran un generoso rescate económico por parte de los estados, por encima de las urgencias locales y sociales. Los políticos se mostraron impasibles frente a las necesidades que acuciaban a la ciudadanía, además, la corrupción generalizada causó una desidia y distanciamiento entre el *establishment* y el resto de la población. Por otro lado, la política expuesta al aparato mediático de la comunicación ha establecido una dinámica que no contribuye en ningún modo a la legitimación de la democracia. La política del escándalo, en la que predominan los mensajes negativos y las acusaciones de corrupción entre diferentes políticos, perpetúa el descrédito y la desconfianza hacia los representantes políticos. Pero la corrupción suele ser un recurso político que no debilita a los gobernantes de turno tanto como pareciera, los electores suelen quedarse con sus corruptos antes que apoyar a los corruptos de enfrente. No obstante, la política del escándalo va mermando la confianza de los ciudadanos hasta el punto de desacreditar el sistema democrático entero, el ataque constante entre políticos debilita las expectativas de los ciudadanos a la hora de procurar mejorar sus condiciones de vida por medio de la participación política-democrática.

Al envilecimiento de la democracia liberal se le suma el problema geopolítico del terrorismo. Frente a las tendencias occidentales de exclusión de la población musulmana migrante y frente a la intervención de los estados occidentales en los países islámicos, el terrorismo se ha convertido en el arma con que algunos musulmanes radicalizados responden con la violencia a las humillaciones de las que son objeto. El miedo ante el terrorismo islamista ha sido utilizado políticamente por los estados occidentales facilitando la construcción de mecanismos de vigilancia que la sociedad ha admitido sin prácticamente resistencia. La cultura consumista de occidente y las restricciones impuestas a la población inmigrante, compuesta en muchos sectores por musulmanes, ha retroalimentado la radicalización de los jóvenes de origen musulmán, cuya afirmación identitaria se da mediante el recurso a la violencia, en contra de ese mundo en que nacieron pero que les priva del acceso a los beneficios que ofrece.

Castells, una vez ha argumentado con diligencia y brevedad aquellos factores generales que han contribuido al retroceso de la democracia liberal, se encarga de analizar el impacto que esta situación ha tenido en los diferentes escenarios y países occidentales. Este análisis ocupa prácticamente tres quintas partes del libro. El autor se detiene en algunos países concretos: en Estados Unidos la elección de Donald Trump es entendida como la respuesta de un movimiento de identidad articulado por la población rural y blanca, aquella que se había sentido desplazado en su propio país por los efectos de la globalización, causando disfunciones en la

Casa Blanca y desconfianza hacia el gobierno estadounidense; en Gran Bretaña el Brexit, la salida de Reino Unido de la Unión Europea tras un referéndum, condujo sorpresivamente a la resurrección del Partido Laborista de David Corbyn, un candidato de claro carácter socialista sin reservas; en Francia el éxito de Macron en las elecciones de 2017 fue el último reducto para la defensa de la UE frente a la posibilidad de una victoria de la ultranacionalista Marine Le Pen, no obstante, el éxito de Macron fue pírrico si es valorado en términos de participación, ya que solo una quinta parte del censo electoral votó por su movimiento en la primera vuelta de las elecciones presidenciales y en las posteriores elecciones legislativas. En la Unión Europea, la crisis económica resaltó las falencias del estado de la unión, amparada en unas élites que establecieron acuerdos al margen del diálogo entre los ciudadanos, que no fueron consultados y que, por tanto, no se sienten parte integrante de Europa. Las disfunciones provocadas por el euro, moneda única no vigente en todos los países, y las sucesivas crisis de refugiados, pusieron de manifiesto la carencia de políticas europeas comunes.

Los problemas que se han venido dando en las áreas más influyentes del planeta se enmarcan en la tensión entre la *Red* y el *Yo*. Si la red global desvertebra los puntos de raigambre donde las personas tradicionalmente afirmaban su identidad, entonces, la representación de los seres humanos dentro de una red que rebasa a los estados-nación descompone la legitimidad de las instituciones clásicas de la democracia liberal. Cuando las instituciones sostenidas por los ciudadanos “no responden a su compromiso de protección de la vida, se pone en cuestión su representatividad [...]” (78). A este respecto, Castells ve en las transformaciones que se han ido produciendo recientemente en España un testimonio repleto de lecciones analíticas, así como de renovadas esperanzas.

A finales de los años setenta España se convirtió en una democracia y a mediados de los ochenta se integró en la UE, sin embargo, a partir de 2008 se ha visto afectada por los mismos elementos de discordia que tensionan las relaciones entre representantes y representados en las democracias liberales, por supuesto, estas disrupciones se han agudizado a medida que avanzó la crisis económica. En 2011 el movimiento 15M ocupó las plazas de las principales ciudades españolas con el lema “No nos representan”, refiriéndose a la clase política. Parte de este movimiento concurrió a las elecciones celebradas en España con el nombre de Podemos, obteniendo el gobierno de las dos principales ciudades, Madrid y Barcelona, y logrando el tercer puesto en el parlamento muy cerca del segundo partido. El bipartidismo dominante, entre el Partido Popular (PP) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), se vio debilitado por la presencia de Podemos y de otro partido llamado Ciudadanos, que finalmente contribuyó a sostener al PP en el gobierno pues sus posiciones mayormente se decantan a la derecha. El PSOE sufrió como ningún otro partido español la nueva composición del parlamento, de

hecho, su abstención durante la investidura fue crucial para que Mariano Rajoy siguiera gobernando, aunque previamente el Comité Federa del PSOE tuvo que defenestrar a su secretario general, Pedro Sánchez, quien ocho meses después volvería a dirigir el partido gracias a que obtuvo la mayoría de apoyos de sus militantes. El independentismo catalán ha sido –y es– otro de los problemas que afronta el Estado español, en este caso, se trata de un conflicto que amenaza la propia unidad del país ibérico, tan defendida incluso a sangre y fuego en un pasado no tan lejano. Estos hechos pueden llegar a ocasionar conflictos entre la propia ciudadanía, pues España sufre una crisis a nivel constitucional. Pese al desasosiego, abatimiento e impotencia que hayan podido causar muchos de los acontecimientos que han sucedido en España durante los últimos años, el autor considera que aun así una nueva transición democrática en el país “podría ser prototipo vivo de que otra política, y otra democracia, son posibles en el siglo XXI” (117).

Concluye Castells asegurando que los derroteros que ha tomado el mundo de hoy son muy problemáticos si entendemos que la ruptura entre los gobernantes y los gobernados se produce en un “momento en que se pone en cuestión la habitabilidad para los humanos en este planeta a partir de la propia acción de los humanos y de nuestra incapacidad de aplicar las medidas correctoras de cuya necesidad somos conscientes” (120). Contrasta el desarrollo tecnológico con el subdesarrollo ético-político. La historia enseña que los grandes cambios han venido de la mano de nuevas mentalidades emergentes ante la opresión y el autoritarismo. Pensar que los poderes actuales pueden ofrecer soluciones adecuadas es una confianza utópica, mientras que intentar crear un nuevo orden político podría llevar a soluciones terroríficas; por ello, considera el autor más cabal fluir en un caos inevitable pero no tan nocivo que sumirse en nuevas sujeciones.

*Alejandro Recio Sastre*

alejandrorrecio13@gmail.com

Doctor © en Filosofía por la Universidad de Valladolid, España.